

Yo sé que Jesús no solo es un profeta, sino es el Mesías, el Enviado, el Salvador del mundo. El Señor me llenó de su gracia y de fe. Y de prudencia y sabiduría. Porque si grito: vengan corriendo a ver al Cristo, se van a burlar de mí. Porque yo, estoy diciendo cosas que no puedo comprender por mí misma. En cambio digo: Vengan a ver un hombre, que me ha dicho todas las cosas que he hecho. Así les doy una idea. Tampoco les digo que es el Cristo. Pues quiero que ellos lo reconozcan por sí mismos. Por eso solo pregunto: ¿Si será este el Mesías que esperamos?

Muchas personas salen de la ciudad y van hacia Él.

Mientras, los discípulos le insisten a Jesús y le dicen: "Maestro, come". Pero Él dice: «Yo tengo para comer un manjar, que ustedes no saben». Los discípulos se dicen unos a otros: "¿Si le habrá traído alguno de comer?" Les dice Jesús: «Mi comida es, que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra».

La comida de Jesús es hacer la voluntad de Dios e implantar su Reino. Luego Jesús compara esta misión con la de la siembra. Por eso les dice: «¿No dicen ustedes, que aún hay cuatro meses hasta la siega? Pues Yo les digo: Alcen sus ojos, y miren los campos, que están ya blancos para segarse».

«Y el que siega, recibe jornal, y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra, y el que siega. Porque en esto el refrán es verdadero: que uno es el que siembra, y otro es el que siega. Yo los he enviado a segar, lo que ustedes no labraron, otros lo labraron, y ustedes han entrado en sus labores».

Todavía faltan cuatro meses hasta la siega, es un proverbio judío. Significa que una cosa no corre prisa, y que hay tiempo para prepararla. Pero el Señor dice: Alcen sus ojos, y miren los campos, que están ya blancos para segarse. Ya está listo el terreno para la conversión.

El que trabaje en esto, recibirá una recompensa de acuerdo a su trabajo. Con frutos para la vida eterna.

Moisés y los Profetas habían preparado la tierra, y la habían sembrado, sin ver el fruto de su trabajo. Pero los Apóstoles, lo van a recoger en todas las conversiones que se van a dar en poco tiempo. Y no hay envidias entre los obreros, que solo trabajan para la gloria de Dios.

Una prueba de que ya está listo el campo para la siega, es que muchos de los samaritanos creyeron en Jesús, solo por lo que yo les dije.

Llegan con Jesús los samaritanos. Y le ruegan que se quede allí. Y sí se queda aquí dos días.

Creen en Él muchos más, por la predicación de Jesús.

Y me dicen: "Ya no creemos por tu dicho. Porque nosotros mismos lo hemos oído, y sabemos, que este es de verdad, el Salvador del mundo".

Erika M. Padilla Rubio

[Síguenos en youtube. Entra al canal PalabraObra.](#)

[Síguenos en twitter.com/palabayobra](https://twitter.com/palabayobra) y en Facebook: Palabra y Obra.



Palabra y Obra ©

Palabra y Obra A.C. Todos los derechos reservados. México D.F. Campestinos 401. Col. Santa Isabel Iztapalapa. C.P. 09820. D.F. Mail: contacto@palabayobra.org Tel. 51 35 21 80.

VIDA DE LA IGLESIA

...para Niños!!!



3er. Domingo de Cuaresma

EVANGELIO (Juan 4, 5-42)

Jesús entre los samaritanos

Hola. A mí me dicen la samaritana, pues soy de Samaria.

Llega Jesús a una ciudad de Samaria llamada Sicar. Es cerca de la tierra que Jacob dio a su hijo José. Allí está el pozo de Jacob. Jesús, como está cansado del camino, se sienta junto al pozo. Es cerca de la hora sexta. En tu reloj, casi son las 12:00 del día. Llego yo, una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús me dice: «Dame de beber». ¿Sabes cómo se oyen estas palabras? Dós-moi-piein.

Jesús está solo, pues sus discípulos fueron a la ciudad a comprar comida.

No es raro, que si un hombre camina mucho, se cansa y tiene sed, me pida agua.

Lo que sí es muy raro, es que Él siendo judío me hable. Pues los judíos no hablan con los samaritanos y menos pueden usar nuestras cosas. Ya que el odio entre nuestros pueblos es enorme, pues en la ciudad de Garizim los samaritanos hicimos un templo que es rival del de Jerusalén.

Por eso yo le digo: "¿Cómo Tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?"

Jesús me responde: «Si supieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú de cierto le pedirías a Él, y te daría agua viva».

En lugar de contestar a mi pregunta, Jesús me habla de dos cosas que yo no entiendo: ¿del don de Dios y quién es Él?

Además, me dice que Él me puede dar agua viva, es esa agua fresca, que brota de los manantiales. La verdad el agua viva es escasa por aquí. Nosotros estamos acostumbrados al agua de los pozos y de las cisternas (las que parecen como albercas, que sirven para almacenar el agua).

Como yo no entiendo lo que me dice, pero sí sé que no puedo usar mi cántaro para sacar agua, le digo: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Acaso eres Tú mayor que nuestro padre Jacob, quien nos dio este pozo y él bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?"

¿Te imaginas que mal quedé ante Jesús?
Pero yo no sabía que Él es más grande que Jacob.

Entonces Jesús me responde: «Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed, pero el que beba del agua que Yo le daré, nunca jamás tendrá sed. Sino que el agua que Yo le daré, se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna».

Me doy cuenta de que Jesús me habla de un agua diferente a la del pozo, es un agua especial. Por eso le digo: "Señor, dame esa agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla".

El agua natural, aunque sea de manantial y esté muy fresca y limpia, quita la sed por poco tiempo.

El agua que promete Jesús, quita la sed para siempre. Y es más, convierte a quien la beba en una fuente que salta hasta la vida eterna.

Jesús me dice: «Ve, llama a tu marido, y ven acá».

Pero ¿qué tiene que ver eso con el agua viva?
Yo respondo: "No tengo marido".

Jesús me dice: «Bien has dicho, no tengo marido. Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes, no es tu marido. Esto has dicho con verdad».

Veo que Jesús puede entrar en mi corazón y conocer toda mi historia. Descubro que es un profeta de Dios. Por eso le digo: "Señor, veo que Tú eres Profeta".

Y por eso, le pregunto sobre lo que ha traído tantos problemas a los samaritanos con los judíos. Le digo: "Nuestros padres en este monte adoraron, y ustedes dicen que en Jerusalén está el lugar en donde se debe adorar".

Como lo que me va a decir supera por mucho lo que yo puedo esperar o comprender, comienzo por decirme: Créeme.

Jesús me dice: «Mujer, créeme, que viene la hora, en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no saben. Nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos. Pero viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores, adorarán al Padre, en espíritu y en verdad. Porque el Padre también busca tales que le adoren. Dios es espíritu y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad».

Sí que me sorprende Jesús con esta respuesta.

Me dice que nosotros, adoramos lo que no conocemos. Es porque adoramos a Dios con muchas supersticiones. En cambio, los judíos sí le dan a Dios el culto exterior que manda la Ley. Y lo hacen en el templo de Jerusalén, que es el lugar en que ordena que se le dé. Y la salvación, viene del Mesías, que debe nacer de los judíos, porque así lo prometió Dios.

Además, los verdaderos adoradores, le darán un culto espiritual y verdadero por la fe, la esperanza, y la caridad. Es un culto muy diferente del que le daban los judíos. Porque solo hacen ceremonias exteriores y figurativas. Pues son como modelos, del verdadero culto a Dios, que le vamos a poder dar cuando venga el Mesías.

Por eso le digo: "Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo. Y cuando venga Él, nos declarará todas las cosas".

Jesús me dice: «Yo soy, que hablo contigo».

¡Estoy hablando con Cristo, el Mesías!

Jesús es el Mesías. Es decir, El Ungido de Espíritu Santo. Del que brota el Espíritu Santo, como fuera una fuente.

Así es que ya podemos darle un culto exterior a Dios, pero en espíritu y en verdad.

No importa el lugar. Sino que sea el Espíritu Santo el que nos anime para orar, para platicar con Dios y para adorarlo.

Y en verdad, para que no sea solo por quedar bien con los demás o por cumplir, sino porque quiero adorarlo de verdad, con todo mi ser. Y como Dios quiere, junto con toda la Iglesia.

Y ¿te acuerdas que Jesús me dijo que el agua que Él me promete quita la sed para siempre y que convierte a quien la beba en una fuente que salta hasta la vida eterna? Entonces, esta agua es el Espíritu Santo. Y Él comunica vida eterna en abundancia. Así puedo ser una fuente.

En esto llegan sus discípulos y se sorprenden de que Jesús hable conmigo, por ser una mujer. Pero nadie le dice: "¿Qué preguntas? O ¿qué hablas con ella?". Se extrañan, porque ni Él ni ellos acostumbran hablar con mujeres. Yo, dejo mi cántaro y me voy a la ciudad. Le digo a la gente: "Vengan, y vean a un hombre que me ha dicho todas las cosas que he hecho. ¿Si quizá es este el Cristo?"